

CLARA EISMAN PATON

ESENCIA DE MIS MANANTIALES

He recapitulado tres de mis tantas joyas espirituales que escribí hace años, y que ahora pongo al servicio de todos para que sean leídas.

CLARA EISMAN PATÓN

EL DIVINO PASTOR - 5 - 3 - 1993

# 1

Caminaba delante de mí, con la mirada puesta en el paisaje que había frente a él. Sus andares eran elegantes, su figura de un atractivo incomparablemente bello a todo ser creado. Sus cabellos dorados igual que el oro, resbalaban sobre sus hombros anchos y bien formados. Su silueta embellecía todo aquél lugar hermoso por el aroma de flores, que el viento se encargaba de repartir por montes y praderas. Aquél bonito lugar rico en vegetación, atraía a todo caminante, íbamos él, y yo andando.

Me sentía la más feliz de las mujeres, que me dejara seguirlo ¡Tan feliz era de caminar tras de él, que de mi mente se habían borrado todos los problemas acumulados de un cierto tiempo!

Yo me sentía como un punto de luz en el universo, sin que mis oídos oyeran nada que no fuera el viento, y las pisadas sobre la tierra de las sandalias de él. Yo lo seguía, hasta donde él, me llevara.

La distancia que nos separaba no era mucha, sus pisadas las podía oír muy bien. El blanco de su túnica hacía reflejos con el sol, y había por momentos que tenía que cubrirme los ojos con las manos, por lo rayos de luz que desprendía su silueta.

¡Qué amor más grande sentía dentro de mi pecho!

Todo por allí estaba soleado y, podía ver la sombra de él, según iba caminando, también veía la mía. La sombra que vi de mí, era la de una anciana que caminaba a paso lento. Una anciana sencilla y humilde, con el corazón y el espíritu de una joven. Mi corazón lo sentía repleto de amor hacia el que iba andando delante de mí.

Llegó a un cruce de camino y se paró allí. Miró a la derecha y luego a la izquierda y, estuvo pensando unos instantes, cual de los dos caminos debería coger.

Sin que yo me lo esperara, se giró y, me miró. Yo me había parado cuando él lo hizo. Los dos estábamos muy cerca el uno del otro y, nos mirábamos. Aquí fue cuando vi su rostro. Era un hombre joven y de facciones muy bellas. Su mirada era cálida como los rayos de sol, sus ojos azules como el color del cielo. Su boca deliciosamente bien marcada, me sonrió y, haciéndome un gesto con la mano me indicó que me aproximara a él.

Cerré los ojos sintiendo el amor que me estaba transmitiendo. Mi mano derecha la puse en el lado izquierdo de mi pecho, sintiendo en la palma de mi mano, mi corazón latir.

Abrí los ojos y vi que había extendido su mano derecha para coger la mía. Ese momento que estaba yo viviendo era mágico. Sentía mi energía como recorría todo mi cuerpo y, mi alegría era

inmensa, la emoción que tenía no la puedo describir con palabras.

Avancé unos pasos, con un gran cosquilleo que iba de la cabeza a los pies, mi mano casi temblorosa, agarró la suya.

Lo tenía todo, incluso era demasiado. Me colmaba de felicidad su presencia, el contacto de su mano acariciaba todo mi frágil ser.

Su dulce sonrisa me señalaba un gesto que, quería decir ¡Puedes seguirme!

Él me indico señalando con el dedo el camino de la derecha. Nos pusimos a caminar uno al lado del otro. Mi alegría la iba proclamando cantando una bonita canción y, cogiendo, flores del campo. Mi comportamiento era la de una niña feliz y enamorada, de todo lo bello que me iba encontrando.

Reconocí mi alma que volaba por encima de nosotros, era lo más parecido a una paloma blanca. La acompañaba música deliciosamente interpretada por flauta y arpa.

Mi alma iba alejándose y, antes que desapareciera, le eché un beso con mi mano mientras le sonreía. Él, también despidió mi alma con un beso y una sonrisa, luego agitó su mano derecha despidiéndose.

Mi alma desapareció en el cielo llevándose la música que la acompañaba.

Llevaba en mi mano un manojo de flores que había cogido con respeto, por el camino.

A él, le ofrecí estas flores, con un gesto de bondad. Él, las cogió con agrado y, las colocó en su pecho. Al instante, las flores habían entrado en su corazón y quedó rodeado de ellas. Las guardó en su jardín de amor.

Él, me miraba y yo también. No habíamos hablado nada desde que íbamos juntos, bastaba solo mirarnos para comprendernos. Aunque él, sabía todo de mi, yo de él, no sabía apenas nada, solamente que lo amaba y, que era todo mi confort, mi esperanza y mi cobijo.

Había sido un día esplendoroso y, maravillosamente tranquilo, bueno el que había yo pasado a su lado, pronto la noche llegó. La luz de la luna hacía nuestro camino. Para él, no hacía falta ninguna iluminación, porque él, tenía la suya propia, yo agradecía a la esfera lunar que me alumbrara en esa noche calurosa acompañada de la brisa suave que iba dejando el viento.

Al final del camino nos encontramos con una casa de aspecto rústico, por las ventanas se filtraba la luz que había dentro. Yo me alegré, puesto que era señal de que estaba habitada. Él, no mencionó nada, pero yo estaba segura que haríamos un alto allí.

Habíamos llegado y nos encontrábamos delante de la puerta. La casa tenía bastantes años, pero tanto la fachada como la puerta de entrada, estaban restauradas.

La puerta se encontraba abierta, pero en el umbral no se veía a nadie. Él, subió dos escalones que daba a la entrada y, con su mano derecha pegó en la puerta dos palmadas. Yo me había quedado abajo pisando la hierba y, esperando ver quién salía. En vista de que no aparecía nadie él, hizo una sola llamada de la misma manera de antes.

Pasado dos minutos apareció en el umbral una mujer de unos treinta años aproximadamente, vino al encuentro de ella un hombre de aproximadamente 35 años.

Ellos al vernos, preguntó el hombre.

- ¿Qué desea?

En estos instantes fue cuando oí la voz de él, suave, dulce y melodiosa, preguntó.

- ¿Podríamos pasar aquí la noche?

Antes de que respondiera el dueño de la casa, miró a su esposa. Ella hizo un gesto de darle igual, levantando los hombros. Los dos nos miraron de la cabeza a los pies, el examen duró como un minuto. Luego el hombre preguntó.

- ¿Son ustedes matrimonio?

- Sí - Respondió él.

Ellos se pusieron a un lado para dejarnos la entrada libre, mientras el hombre decía con voz ruda, pero con un toque de amabilidad.

- ¡Pasen!

Nos habían hecho pasar a un comedor amplio y rústicamente decorado.

Ella amablemente me señaló una de las sillas de madera, que ocupaban los cuatro huecos de una mesa cuadrada de madera, casi recién construida y, sin pintar.

- ¡Siéntese! - Me dijo. Y señalándole a él, la otra silla que había a mi derecha le indicó - Coja asiento y, descansen.

El matrimonio se sentaron en las otras dos sillas que habían desocupadas.

Ella dirigiéndose a él, y a mí, dijo.

- Tenemos una habitación y una cama pequeña, estarán algo apretados, pero es, todo lo que tenemos, y podemos ofrecerles.

Él asintió, al tiempo que respondió.

- ¡Perfecto!

El marido replicó diciendo, dirigiéndose a él.

- Esta noche es tan calurosa como las anteriores, si se sienten incómodos durmiendo los dos en la misma cama, puede dormir en la terracita que tiene la habitación. Ahí, se duerme de maravilla.

- No se preocupe por nosotros, todo irá perfectamente bien - Respondió él, con una sonrisa de agradecimiento.

El dueño nos revisaba con la mirada. Nos preguntó.

- ¿De donde vienen?

Él con gentileza respondió.

- De la ciudad de las flores.

El matrimonio se miraron sin comprender a qué ciudad se refería.

Ella sin darle más importancia, nos preguntó.

- ¿Han cenado?

- No - Respondió él - Sólo cenará ella.

- ¿Usted no? - Preguntó el dueño.

- No.

El matrimonio volvió a intercambiarse miradas. Fue ella la que dijo desinteresadamente.

- No lo haga por nosotros, siempre hay en la despensa queso, fruta y pan.

Él afirmó, mientras sonreía.

Ella esperaba una respuesta y, al no tenerla, se puso de pie. Se dirigió a un armario de cocina que había en el comedor, lo abrió. Extrajo, pan, queso y unas manzanas, lo colocó en un plato llano, y lo depositó sobre la mesa.

- ¡Come! - Me dijo.

Me di cuenta que ella me tuteaba. Por norma, no se tutea a una persona que ya es mayor y, sin embargo, ella lo estaba haciendo. Esto, me sorprendió bastante, pero no me paré a pensar porqué lo haría.

Él, sabía lo que en ese momento yo estaba pensando. Nos miramos, él, me sonrió, yo le correspondí. Y advertí, como nos estaban observando el matrimonio. En esos instantes pensé, en la pregunta que el dueño hizo. Si éramos matrimonio, él había dicho que sí.

Todo a mí alrededor flotaba, incluso, los enseres más sencillos que había para decorar el comedor. Un cucharón largo de cobre que se hallaba colgado a un lado de la chimenea, cogía forma de una rosa y, se desplazaba para ponerse delante de mis ojos, ofreciéndose para que yo la cogiera entre mis manos.

Un puchero de cerámica que había bien puesto en una estantería, se convertía en un ramo de preciosas flores que, venía hacia mí, y se ofrecía para que las aceptara como regalo.

Estar junto a él, era maravilloso y, mágico. Su Divina presencia era mágica. Su sonrisa también y, su modo de mirar, mágicamente eterna.

Empecé a comer con gran apetito. El queso de cabra que yo iba untando en el pan, lo hacía el matrimonio de unas cuantas cabras que tenían y que estaba delicioso. El pan lo hacía ella, la harina estaba bien amasada y, el sabor era exquisito.

Mientras yo iba comiendo, él, y el matrimonio, mantenían una conversación. Algunas palabras de las que oí, me sorprendieron, pero viniendo de él, me reconfortaba.

Escuché como ella le decía a él.

- Son ustedes un matrimonio joven. Su esposa es muy atractiva, aunque debo confesar que usted también lo es. Y me gusta el modo en que usted va vestido.

Su marido la miró de reojo, advirtiéndole que no siguiera y que cambiara de tema. Ella este detalle, no lo vio adecuado y, le replicó.

- ¡Estoy diciendo la verdad! - Y dirigiéndose a él, le preguntó - ¿Se ha ofendido en algo que yo haya dicho?

Él sonrió al matrimonio y negó. Luego dijo.

- Es encantador que una mujer esté en todos estos detalles - Y dirigiéndose al marido le preguntó - ¿No le parece?

El marido meneó la cabeza y, seguidamente respondió diciendo.

- Estoy de acuerdo con lo que usted dice, pero si a mi esposa no se le para, les pide la fecha de nacimiento y, en que día se casaron. Esta noche son nuestros invitados, y quiero, que estén aquí lo mejor posible. Hace años que no recibimos a nadie, estamos bastante alejados de la ciudad.

La esposa asentía todo lo que su marido iba diciendo.

Yo levanté la vista del plato y, la dirigí a él. No sabía de qué manera nos veía este matrimonio, sobretodo, a mí, para que dijera ella, que éramos un matrimonio joven, y yo, muy atractiva. De él, sí que era cierto, pero yo tenía ya la cara arrugada por los años. Eran muchos los que había esperado para caminar junto a él, y al fin, mis deseos, se cumplieron.

Yo me hacía una y cinco veces la misma pregunta - ¿Cómo era posible de que este

matrimonio me viera joven? ¿Con qué ojos me estaban mirando?

Él, me miraba y sonreía. Estaba segura que sabía en qué pensaba en esos instantes.

Me había acabado el queso y el pan que ella puso en el plato. Dentro quedaron las manzanas, pero era imposible empezar una, había comido demasiado bien.

Ella señalándome una de las manzanas que había en el plato, dijo.

- Son del manzano que tenemos en el huerto, el sabor que tienen es auténtico ¿No come una?

Mi voz se oyó por la primera vez, para responderle.

- ¡No puedo más! Gracias por el queso y el pan que he comido, son verdaderos manjares.

Ella no respondió nada. Cogió una manzana y, la empezó a comer a mordiscos.

Ella no paraba de observarme. Mordía la manzana y la iba masticando despacio, sin desviar su vista de mí. Yo sentía, que tenía algo más que decirle, y, le dije lo que me salió del corazón.

- Gracias por la comida que me ha ofrecido, Dios, los recompensaran, siete veces más.

Ella se alegró de oírme hablar y, respondió riendo.

- ¡Bueno, ya era hora de que hablara! ¿Estaba molesta por algo de que yo haya dicho?

- No, de ninguna manera - Respondí.

El marido se puso en pie, y dijo.

- ¡Yo me voy a dormir! Mañana me levanto pronto para ordeñar las cabras y, dejarlas sueltas para que coma en el monte.

Él, se puso también en pié, y dijo.

- También nosotros nos vamos a dormir.

Salimos del comedor, pero ella iba delante para mostrarnos la habitación donde íbamos a dormir. Agarró el pomo de la puerta, y la abrió. El interruptor de la luz estaba a la izquierda, le dio a la palanquilla y, la luz se encendió. Era un dormitorio sencillo y de una cama pequeña, como ella había dicho. Se dirigió a un pequeño armario, y abrió el único cajón que tenía abajo, extrajo un par de sábanas blancas y, una funda de almohada haciendo juego. Depositó la muda sobre la cama. Ella se dispuso para hacerla y, dejarlo todo bien ordenado.

Yo noté que estaba cansada, pero quería cumplir con todo, para que estuviésemos lo mejor posible bien. Quise quitarle esa tarea, pero ella insistió en que lo quería hacer, y al final, yo la ayudé. Ella lo revisó todo para que no quedara nada en desorden. Cuando estuvo satisfecha, se dirigió a él, y a mí diciendo.

- ¡Que pasen buena noche!

- Gracias - Respondí yo.

- ¡Tendrá un feliz sueño! - Contestó él.

Ella nos sonrió y, salió del dormitorio cerrando la puerta.

Me dirigí al pequeño armario, que tenía sólo una puerta con un espejo. Fui a mirarme para

ver si realmente era yo joven como el matrimonio había afirmado. Cuando estaba delante del espejo, me quedé sorprendida, al descubrir mi silueta y mi rostro de una mujer joven.

Vi a través del espejo la figura encantadora de él, observándome con una suave sonrisa.

Me di la vuelta, y le dije.

- Tú sabes que soy una mujer mayor que paso de los ochenta años ¿Cómo es que ahora soy joven?

Él me dijo con voz de amor y sonrisa en sus labios.

- Eres igual que te estás viendo, joven y bonita. Lo que ves viejo, es el cuerpo, pero tu espíritu es, el de una bella joven ¡Eso es lo que he hecho de que este buen matrimonio vea en ti! Han visto, tu alma alada y, enamorada, cuando se consigue tener un alma de estas características, sale hacia fuera de la persona, la gracia y juventud que posee.

Me quedé entusiasmada mirándolo y, pensé- ¡Cuántas cosas maravillosas puede hacer él!

Él me sonrió, también sabía lo que yo estaba pensando en ese momento. Y me dijo.

- Vete a dormir, mañana temprano tenemos que continuar el camino.

Busque en la habitación con la vista un sofá o algo parecido donde él, pudiese descansar esa noche. Me sonrió y, negando al mismo tiempo, dijo.

- No necesito dormir, tengo trabajo en el huerto.

Yo muy sorprendida, le pregunté.

- ¡Es casi de madrugada! ¿Qué tienes que hacer en el huerto?

- Darles a este buen matrimonio, lo que tú le has prometido. Siete veces más de lo que la esposa te ha dado para que cenaras.

Era un ser maravilloso. No había advertido que él, se hubiese quedado con esa gratitud tan digna que yo deseé para la esposa.

Lo miraba como habría la puerta de la habitación y salió, cerrando tras de él.

Me sentía la mujer más afortunada del mundo ¿Lo debería yo estar soñando?

Preferí meterme en la cama y, tratar de dormir, pues, al día siguiente me esperaba una buena caminata, y tenía que estar totalmente descansada.

A la mañana siguiente, el trino de los pájaros me despertó. Abrí los ojos, y vi, que por la ventana entraba la luz del día. De un nuevo día que empezaba para mi, lleno de esperanzas. Eché una mirada por toda la habitación buscándolo a él, y me dirigí a la pequeña terraza, miré en el rellano, no estaba allí. Me coloqué bien los cabellos y la ropa, me dispuse a salir del dormitorio. Atravesé el comedor sin que fuera vista por el matrimonio. Salí de la casa y, mi sorpresa fue enorme, al ver que él, venía atravesando el campo, lo acompañaba un rebaño de ovejas.

Yo totalmente maravillada musité.

- ¡Por ahí viene el Divino Pastor!

No advertí la presencia del matrimonio que se hallaba detrás de mí. Ella se acercó a mi derecha y me preguntó.

- ¿Qué decía usted?

Entonces fue cuando me di cuenta de lo que yo había mencionado en voz baja. Y como el matrimonio aún no había advertido la presencia de él. Me dirigí a los dos diciéndoles.

- ¡Son cosas mías!

El marido más que sorprendido y, con los ojos como platos, me preguntó.

- ¿Es su marido el que se aproxima con ese rebaño de ovejas?

- Si - Le respondí sorprendida del mismo modo que lo estaba él.

- ¡Creía que venían ustedes solos! ¿Ha dejado toda la noche las ovejas en el monte?

Yo no sabía qué responderle. Estaba salvada porque él, ya se acercaba a nosotros.

El matrimonio fue al encuentro de él, acariciaron las primeras ovejas que estaban a su lado. Él les dijo.

- Estas diez ovejas, son vuestras.

El matrimonio se quedaron parados, con la boca abierta al escuchar tal decisión.

Ella fue la primera en hablar y, preguntó.

- ¿Dice que son nuestras estas ovejas?

- Sí, eso he dicho - Respondió él.

Ella miró a su esposo para que dijera algo y, se limitó a decir.

- Nosotros, no tenemos ovejas, solo ocho cabras. Tampoco creo que sean de aquí cerca, puesto que la granja más cercana, está a cinco kilómetros.

- ¡Las ovejas son vuestras! - Volvió él a repetir.

El matrimonio me miraron para que yo interviniera diciendo algo. Sabía yo de sobra porqué razón él, se las había ofrecido, pero lo que yo no sabía, era, de donde las había sacado. Pero viniendo de él, todo era posible, con todo lo mágico y, extraordinario que lo acompañaba.

Yo me limité a decir.

- Es un regalo que mi esposo les quiere hacer.

- ¿Porqué? - Preguntó ella.

Él me miró, y asintió para que yo respondiera, y dije.

- Han sido ustedes muy generosos ofreciéndonos su casa, comida y, una habitación para que descansáramos. Anoche mientras yo cenaba les dije, Dios, os lo agradecerá siete veces. Es lo que está sucediendo.

El matrimonio se miraron felices. El marido se llevó a las diez ovejas para que comieran hierba.

Ella estaba maravillada y, su cara transformada, en alegría. Lo miraba a él, como algo grandioso. Era cierto que lo era, incluso mucho más.

Hacia como diez minutos que su marido había ido a llevar a las ovejas a pastar y, se le oyó dando voces de alegría. No tardó en reunirse con nosotros y, lleno de satisfacción, dirigiéndose a los tres dijo.

- ¡Hoy es un gran día!

Su esposa con deseos de saber más de lo que ya había sucedido, le preguntó ansiosa.

- ¿Qué ha ocurrido más?

El marido llegó hasta ella, le cogió el rostro con las palmas de sus manos, y besó sus labios suavemente, y luego muy emocionado le contestó.

- ¡Hay arbolitos frutales! He podido también descubrir, una parcela de trigo que ha crecido. Yo no he plantado nada de esto. Todo ha ocurrido esta madrugada. Esta mañana cuando he ido a ordeñar las cabras, me sorprendí, porque han sacado el doble de leche de la que daban cada día ¿No te parece

maravilloso, la suerte que hemos tenido en acoger a este matrimonio en nuestra casa?

Ella con los ojos bañados de lágrimas, y cogida a las manos de su marido, dio tres pasos y se aproximó a él y, mirándolo fijamente a los ojos, le preguntó.

- ¿Quién es usted?

La ternura de la mirada de él, se clavó en la de ella y, también le hizo una pregunta.

- ¿Quién crees que soy?

Ella desvió su mirada hacia la mía, con certeza sabía que yo la podía ayudar y, sin que ella me lo pidiera, musité fijando mi vista en la suya. Y dije en voz baja y, solo para ella.

- Es el Divino Pastor....

Con una mano tenía cogida otra de su marido y, con la yema de los dedos de la mano derecha, se quitó las lágrimas que caían por sus mejillas. Cuando se las había quitado, miró de frente a él, y le dijo.

- ¡Eres el Divino Pastor!

Ella me miró y, las dos sonreímos.

Su marido le preguntó.

- ¿Quién has dicho que es?

- ¡El Divino Pastor! - Respondió ella.

Ninguno de los dos sabía nada de religión o, de cosas del cielo. El marido dirigiéndose a él, le dijo.

- No se que significan esas dos palabras, pero sean lo que sea es, bueno, muy bueno.

A la derecha de él, se hallaba un perro mastín blanco, con manchas grises. El perro estaba sentado y, ausente de toda conversación. Yo creí, que pertenecía al matrimonio, pero al no recordarlo la noche anterior, me dirigí a ella y le pregunté.

- ¿Ha pasado el perro toda la noche fuera de la casa?

Ella se sorprendió al oírme decir esto, mirando al animal que descansaba tranquilo, respondió.

- ¡Es la primera vez que lo veo! Cuando venía su esposo por el monte con las ovejas, el perro iba a su lado. Yo he pensado lo mismo que usted, que había dormido fuera y, esperaba a su esposo.

Él, miró al matrimonio, con la sonrisa en los labios, les dijo refiriéndose al perro.

- ¡Este hermoso animal es, parte del rebaño! Cuidará de todas las ovejas y, de las que nazcan.

El matrimonio felizmente cruzaron las miradas y, sonrieron.

Ella dirigiéndose a mí, me dijo con humildad.

- Ahora, nos falta el hijo que vamos buscando hace dos años, y no viene.

- ¿Cuánto tiempo hace que están casados? - Les pregunté.

- Tres años - Respondió ella - Hace dos que vamos buscándolo y, no llega.

Yo lo miré a él y, le pregunté.

- ¿Es posible que lo tengan el año próximo?

- ¡Así, será! - Respondió él.

La joven pareja no cabían de felicidad y, cogidos de la mano se besaron.

El marido que de las cosas del creador apenas sabía nada, puso su grano de duda y, dirigiéndose a él, le pregunto.

- ¿Por qué dice que para el año próximo? ¿Cómo puede usted saberlo?

Él, lo miró con ternura y le preguntó.

- ¿Tú sabes de donde han venido las ovejas?

- No - Respondió sorprendido.

¿Sabes de donde viene este hermoso mastin?

- No lo sé - Siguió respondiendo sorprendido.

- ¿Crees que en una noche puede crecer árboles frutales? - Le seguía él, preguntando.

- ¡Creo que no! - Él respondió - pero me gustaría saber de qué manera lo hace usted para que ocurra.

Él que era compasivo y todo amor, se enfadó un poco, ante tantas dudas que tenía el joven campesino. Por más que le diera, de nada serviría. Todo lo que había hecho esa noche, lo hizo por mí, para que mi promesa se cumpliera.

Él, algo molesto le preguntó.

- ¿Crees que eres digno que te de todo lo que te he ofrecido?

El joven campesino ante esta reacción de él, miró a su esposa y, bastante confuso le dijo.

- ¿He dicho algo malo?

Ella meneó la cabeza con gesto de regañarle.

- ¡Siempre estás metiendo la pata! - Respondió ella.

El joven campesino ante esta sugerencia de su mujer se dirigió a él, y le preguntó.

- ¿Te has ofendido por lo que he dicho?

- Yo no me ofendo por nada - Dijo él - Solo estoy otra vez decepcionado ante la ignorancia.

La mujer salió en su defensa, diciendo.

- ¡Es un poco bruto, pero en el fondo no es malo!

Él, no quería seguir con este tema, puesto que era el de siempre y, de esto estaba ya bastante cansado. Dirigiéndose a ella, le preguntó.

- ¿Deseas mucho tener un hijo?

- ¡Es lo que más! - Respondió ella con los ojos brillantes de alegría - ¡Antes, me lo ha concedido usted!

- Es cierto - Dijo él - ¡Como lo deseas tanto, la voluntad de Dios se hará!

Ella deseaba hablar con él, de muchas cosas, pero sin saber cuales podrían ser. Desconocía el mundo de Dios, y lo divino le apasionaba. Era una mujer sencilla, criada en el campo, y no había tenido oportunidad de que alguien le hablara del Creador.

Era por algo que él, hizo que nos paráramos en esta casa rústica y, el porqué, cogió aquél camino aislado de pueblos y aldeas. Quizá sería y, eso solo él, lo sabe, porque allí vivían dos almas buenas y caritativas. Los tenía que ayudar en crecimiento espiritual y, también en lo material. Fui yo quien lo prometió, pero estoy segura, que fue él, quien puso esas palabras en mi boca para que se cumplieran.

Ella me miró con ojos chispeantes de alegría, en su manera de mirarme, me estaba pidiendo que le ayudara hacerle a él, algunas preguntas. Yo le sonreí y le dije.

- ¿Qué quieres preguntarle a él?

Ella levantó los hombros en señal de no saber qué.

El marido seguía a su lado sin dejar de mirarla, deseaba sinceramente que ella o yo, encontráramos una pregunta para él, que esperaba atento y sonriente.

Mi vista se cruzó con la de ella. Yo le señalé el mastín que seguía sentado a los pies de él.

En ese instante, ella se hizo un lío. Su mirada la cruzó con la de él, y con la de su marido.

Ella dirigiéndose a mí, me preguntó.

- ¿Qué tiene que ver el perro con el creador?

- ¿Qué tiene que ver usted con él? - Le respondí yo.

Su mirada se quedó congelada en la mía. Era como si hubiera recibido un shock y, no pudiese salir del trance. Pasado quince segundos, ella reaccionó y, dirigiéndose a él, le preguntó.

- ¿Las personas y los animales venimos del mismo ser, ósea del creador?

- ¡Exacto! - Respondió él.

Ella con sonrisa triunfal me miró. Yo le hice un gesto con la mano para que continuara preguntando.

Ella echó la vista al cielo, buscando en qué se podía detener para preguntarle. Asintió al

instante, haber encontrado algo. Y volviendo la vista hacia él, le preguntó.

- ¿Viene de usted los árboles frutales que han crecido en el huerto?

Él asintió con una gran sonrisa, dejando ver su dentadura blanca y bonita. Luego respondió.

- ¡Sí linda mujer!

Ella se recreó en la dulce mirada de él. Y pasó a preguntarle.

- ¿Lo ha hecho solo o, ha necesitado ayuda para traerlos hasta aquí?

Él, también sonrió ante esta inocente pregunta.

- Lo he hecho yo solo - Respondió con amabilidad.

- ¿De donde ha traído los árboles?

Él dio una ligera carcajada al mismo tiempo que movía la cabeza, por el hecho de hacerle gracia la pregunta. Le respondió.

- Los arbolitos vienen conmigo.

Ella muy sorprendida miró a su marido que estaba tan sorprendido como ella. Esta vez fue el marido quién le dijo.

- Anoche cuando llamaron a la puerta, tanto mi esposa como yo, no vimos que usted trajera abrazados a ningún árbol ¿Qué me dice de las ovejas? ¿También las traía usted?

Él asintió. Fui yo quién dijo.

- Él, lleva consigo el universo. Él es, el universo.

El matrimonio se miraron sin llegar a comprender y, después de esto, ella dijo.

- Por muchas preguntas que nosotros hagamos, nunca podremos llegar a una conclusión.

El marido dijo abandonando los temas que se estaban tratando.

- ¡Voy a echar un vistazo a los animales, para asegurarme de que están comiendo!

El mastín se puso en pie y, fue tras los pasos del joven campesino. Este, al verlo, se dio la vuelta y, dirigiéndose a él, le dijo.

- ¡El perro me está siguiendo!

- ¡Le he dado yo la orden! - Le respondió él - Antes te he dicho que va a cuidar del rebaño y, de todos los demás animales.

- ¿No intentará comerse alguna gallina? Esa es la razón por la que no tenemos perro.

- ¡Este mastín conoce su trabajo, y lo que debe tocar, y lo que no, no te preocupes, puesto que, quedarás sorprendido de todo lo que sabe hacer! - Contestó él.

El joven campesino hizo un gesto con la cabeza, advirtiéndole el consejo y, se dirigió hacia la pradera seguido del mastín.

Él, y yo, nos miramos. Comprendí que era la hora de emprender el camino y, dije.

- Podemos marcharnos cuando quieras.

Ella que seguía de pie a nuestro lado, propuso.

- ¡Antes de marcharse, sería mejor que desayunaran!

Él, señalándome a mí respondió.

- ¡Ella tiene que comer antes que nos marchemos!

- Anoche no cenó usted - Confirmó ella - ¿Y ahora, tampoco va a desayunar aunque sea un vaso de leche?

Él sonrió diciendo.

- ¡Estoy haciendo ayuno!

Ella también correspondió con una sonrisa, aceptando como verdad la respuesta. Entró en la casa para preparar comida, pues, los desayunos que ellos hacían eran fuertes, por toda la labor que tenían que hacer en el campo y, con los animales.

En algo más de media hora había preparado variaciones de alimentos, que sobre platos cubría la mesa del comedor. Yo me extrañé al ver tanta comida y, le pregunté a ella.

- ¿Tanto desayunan cada día?

El marido lanzando una carcajada respondió.

- ¡Mi mujer cocina una vez al día y, de toda esta comida comemos hasta la noche!

- ¡Ah! - Exclamé.

El matrimonio se sentaron alrededor de la mesa, yo también lo hice. Los tres comimos hasta saciarnos.

Él se quedó revisando a los animales, y al huerto.

Cuando entró en la casa, habíamos acabado de comer. Advertí, que estaba preparado y esperándome para que continuáramos el camino.

El matrimonio y yo, nos pusimos en pie. Ellos tenían una lágrima que empezaba a caerle de

los ojos. La tranquilidad que tenían y la sencillez que mostraban, noté que allí dejaba a dos amigos leales y, era posible que un día fuera yo sola a hacerles una visita y, a quedarme un tiempo con ellos. Al despedirnos de esta manera se lo confirmé.

Él y yo emprendimos el camino. Yo no sabía a donde íbamos esta vez y, tampoco me importaba saberlo. Lo importante para mí era, caminar a su lado, sin tener que preocuparme cual sería el final del trayecto.

La mañana era fresca, el aire del campo, dejaba el aroma a flores silvestres y, del perfume incomparable de las amapolas que nos íbamos encontrando en los dos laterales del ancho camino que, nos dejaba ver las praderas, repletas de las más bellas florecidas de varios colores.

Él era de pocas palabras, sólo bastaba que me mirara para que yo comprendiera sus deseos.

Habíamos dejado atrás el ancho camino y las redondas praderas. Nos adentramos en lo más parecido a un bosque, repleto de matorrales y, de árboles de tronco grueso y, copa poblada de ramas y de flores que más tarde darían sus frutos.

En medio de esta gran forestal, nos paramos. Él, dirigiéndose a mí y, señalando a los árboles que había más cerca, dijo.

- Dentro de estos árboles de gran belleza habitan criaturas de gran bondad. Ellos poseen los secretos de la madre Diosa Naturaleza.

Él y yo, estábamos frente a frente, la mirada de él, color de cielo puesta en la mía, hacía que mis

pupilas brillaran con gran intensidad, no las veía, pero lo sentía. Yo le pregunté.

- ¿Quiénes son esas criaturas tan extraordinarias que cuidan de los bosques y conocen sus secretos?

Él me sonrió y, luego respondió a mi pregunta.

- Estas dulces criaturas de muy pequeña altura y de gran potencial de sabiduría, las ha creado la Diosa Naturaleza. Ellos nacieron con los árboles, con las plantas, las flores, las montañas y, los ríos. Todo es, conjunto de armonía que, se creó al mismo tiempo.

En ese instante recordé el día que vi en visión a la madre y Diosa Naturaleza, sentada a los pies de un grueso árbol. Era de una belleza que no hay palabras para describirlo, lo maravilloso y encanto que había en ese mágico ser. Parecía que estuviera desnuda pero no lo estaba. De la cabeza a los pies era, dorada, de un dorado brillante oro que hacía, estuviera desnuda.

En esta visión, yo pasaba por delante de ella, sin que se inmutara de mi presencia y, al parecer, esa fue la impresión que me dio. Pero estoy segura que sabía que yo con mis ojos de águila, la estaba observando. Ella seguía pasiva, tranquila y relajada mirado a algún lugar. Sus cabellos dorados como la seda, cubrían con encanto sus hombros desnudos y sus pechos.

Él, me sacó de este recuerdo, diciéndome.

- ¡Era ella! La recuerdas a la perfección. Han pasado muchos años y, por muchos que pasen aún más, la

seguirá recordando en su belleza, en la categoría de Diosa.

- ¿Porqué la vi? - Le pregunté.

- Fue ella la que deseó que así sucediera. No son muchos los vivos de la tierra que la pueden ver. Lo hace para que den testimonio de su existencia.

Él, tenía tantas o, todas las frases privilegiadas que, a cada una le daba el elemento correspondiente con toda exactitud.

Un coro de vocecitas celestiales hizo que prestara atención a un delicioso canto que era dulce para mis oídos. Miré a Él, y le hice un gesto con el dedo tocando mi oído derecho. Él, me sonrío, y luego dijo.

- Este bello cántico lo forman estas encantadoras criaturas de las que antes te he hablado. Tú solo puedes oír el filo de las voces, pero yo voy a decirte lo que ellas dicen. Están dándote la bienvenida al mundo fantástico, al mundo mágico, lleno de gracia de gloria y de poder.

A mi se me ocurrió dar la vuelta a mi alrededor y, repetir con entusiasmo. Gracias....gracias...gracias...

Él, me miraba contento y sonriente. Me confirmó.

- Cada vez que se da las gracias por algo recibido, hay una criatura fantástica que se alegra y, sonrío al progreso del universo. Cada gracias que se da, una nueva estrella brilla en el firmamento, porque acaba de nacer.

Me quedé reposando en su mirada de bienestar y hechicera que, lo atraía todo hacia él, con sólo mirar. Reposé también en aquél bosque que para mí era encantado. Me fije en los árboles, para poderlos siempre recordar. En muchos arbustos de grandes hojas y, todavía más grandes las flores que sobresalían de un color rojo vivo.

De pronto ocurrió algo extraordinario y que no me esperaba, fue, el vuelo de muchas aves blancas que planeaban por encima de nosotros. Él, extrajo de su túnica pero no vi de donde, un puñado en cada mano de trigo. Abrió las manos y ofreció este grano a las aves que volaban. Yo las iba contando, según se iban acercando a las manos de él, y de ellas comían.

En mi pecho sentía una feliz y hermosa sensación. Ante tanta belleza y ternura, mis ojos se llenaron de lágrimas.

No imaginaba que él, me podía ver llorar, pero no tardé dos minutos en oír su voz diciéndome.  
- ¡Te has emocionado! ¡Realmente es maravilloso ver a las aves comer!

Estaba casi dándole la espalda y, sabía que me había emocionado profundamente. Vivía dentro de todos. Conocía nuestros pensamientos y, el amor que cada persona siente. Conocía todo de nosotros, si estamos tristes o, alegres, también nuestras necesidades.

Él, llega a cubrir estas necesidades, a cada uno le da la medida que le corresponde, pero no todo

sucede tan rápidamente como se quisiera, porque también él, va por ley y, por orden.

El mismo pensamiento de desear algo necesario en la vida, acelera esa ley y orden, y se cumple antes.

---

Las aves blancas acabaron de comer de las manos de él, ellas revoloteaban a su alrededor como señal de gratitud y, luego levantaban el vuelo y cada una cogía un sitio distinto para ponerse en aquél hermoso Edén.

Antes de iniciar el camino y, creo que él, no lo hizo por la siguiente razón, de que frente a nosotros, venían caminando tres hombres, uno al lado del otro. De lejos me dio la impresión de que los tres eran iguales, pero cuando estaban cerca vi, que no era así. El modo de vestir era el mismo, pero sus físicos, no.

Al llegar a donde estábamos, los tres hombres vestidos con túnicas blancas, cabellos largos dorados y ondulados, lo saludaron a él, con un abrazo.

Yo me fijé en sus pies, los tres calzaban sandalias, casi del mismo estilo de él. Supuse que eran caminantes con una gran misión y, que ese era un lugar de encuentro que él había elegido por algún por qué.

Los tres hombres después de saludarlo a él, me miraron y me sonrieron. Uno de ellos me hizo un gesto cariñoso, con su mano derecha acarició mi mejilla izquierda. Su contacto era suave, lo más parecido al terciopelo.

Él, con los tres hombres entablaron una conversación. Yo no comprendía sus palabras, el idioma en que hablaban, no pertenece a la tierra.

Yo me alejé de ellos y fui a mirar la belleza de las flores que por allí habitaban. Me senté en la hierba cerca de ellas, de esas de un color celestial que se conoce como pensamientos. Miraba el encanto y su fragilidad.

Tenía yo ganas de conversar con ellas estaba segura que me estaban escuchando y, empecé a contarles cosas mías.

Yo oía sus diminutas vocecitas comentando mi relato, iban intercambiando palabras de las que yo decía, trataban de explicárselo las unas a las otras para que mejor lo entendieran. Yo las oía hacer comentarios y, por lo bajo reían.

Me sacó de esta maravillosa magia la voz de él, diciéndome.

- ¡Tenemos que continuar!

Lo miré sonriente y le dije.

- ¡He hablado con los pensamientos!

Él me sonrió afirmando.

Me levanté de la hierba y, agitando mis manos, con la mirada puesta en los pensamientos, les dije.

- ¡Tengo que marcharme! ¡Gracias por haberme escuchado hermosas mías!

Oí sus risas diminutas mientras nos íbamos alejando.

Ya estábamos de nuevo los dos caminando hacia algún lugar que yo desconocía, pero que me era indiferente porque iba a su lado. Junto a él, era como vivir un sueño fantástico y maravilloso del que nunca quisiera despertar. Los encuentros que íbamos teniendo, era, de lo más hermoso que alguien quisiera vivir junto al Divino Pastor.

Él, que todo lo ve, el que camina recto, el que ofrece su amor, el que jamás te abandona, el que da el alimento, el que quita la sed, el que apacigua, el que limpia el espíritu, el que sufre cuando lo estamos pasando mal, el que limpia nuestro cuerpo de todo mal.

Yo iba pensando en todas estas verdades, cuando de pronto se escuchó el sonido de varias campanas que doblaban de alegría. Era agradable oírlas repicar. Yo tan sensible que soy pronto acudieron las lágrimas a mis ojos. La sangre saltaba en mi cuerpo y, la sensación que sentía era grandiosa.

Al pasar por los últimos y majestuosos árboles, frente a nosotros se alzaba una gran montaña y, sobre la cima estaba al descubierto una gran catedral con forma de castillo, que parecía, que fuera de nieve. Siete torres tenía donde podía verse brillar pequeñas estrellas.

Lo miré a él, y le pregunté.

- ¿Hemos llegado?

- Sí, ya estamos en casa - Me respondió.

Dejamos el bosque y, caminamos por una vereda que conducía a este hermoso lugar.

Las campanas seguían repicando y, tanto me fascinaba el saber de donde venía tal agradable sonido que, busque con intensidad el instrumento metálico que lo producía. Descubrí, que en cada una de las siete torres, colgaba una gran campana que no paraba de dar vueltas las siete a la vez.

Mi corazón saltaba de alegría. Estaban dándole la bienvenida a él. Yo no sabía lo que me esperaba dentro de ese fabuloso lugar y, estaba ansiosa por descubrirlo.

Habíamos llegado a este maravilloso castillo con forma de catedral. Estábamos delante de las tres puertas que había. En cada una de las puertas, las escoltaban tres bellas criaturas, parecidas a las hadas altas con alas, también puedo describirlo como ángeles. La belleza que poseían no la voy a describir porque sería muy largo y difícil de hacerlo con todo detalle. Pero sí puedo comentar, el orden y la disciplina con la que actuaban y, la felicidad con la que se manifestaban.

Uno de estos bellos seres se aproximó mostrando con su sonrisa la belleza de su boca. Entre sus finas manos sostenía un crisantemo blanco, me ofreció la flor, yo la cogí entre mis manos, y besé sus immaculados pétalos, por ser este bello ser quien me la ofreció. En ese instante, un pensamiento vino a mi mente, pero pronto salí de dudas cuando él, me dijo sonriente.

- ¡Es la flor del espíritu! Te la ofrece para recibir a tu espíritu.

Me emocioné y, de mis ojos resbalaron dos lágrimas. Este ángel o hada, me observaba sin dejar de sonreírme. Él, que no perdía detalle de nada, me dijo.

- Las lágrimas liberan el alma.

Yo le sonreí al tiempo que limpiaba las lágrimas con las yemas de mi mano izquierda.

Las tres puertas estaban abiertas, de dentro salía una gran luz dorada brillante, en forma de granulado y, en medio de esa gran luz se podía ver pequeños ángeles que se movían con gracia de un lado a otro.

Él, hizo un gesto invitándome a que entrara con él. Íbamos entrando por el umbral y empezó a oírse música de órganos, una hermosa y bella melodía anunciando que él entraba.

Íbamos envueltos en esa luz dorada según avanzábamos por un largo túnel que, debía de ser largo por el tiempo que hacía que habíamos empezado la marcha y, que todavía nos envolvía la luz dorada. Yo lo miré a él, y me sonrió.

Yo me sentía la mujer más feliz, la más amada. Lo que yo estaba viviendo en aquellos instantes era lo más maravillosa y extraordinario jamás vivido.

No quiero ni puedo olvidarme del aroma que iba sintiendo a rosas y, jazmines.

Cuando pasamos el túnel de luz dorada, se abrió ante nosotros un gran abanico de la belleza más pura y limpia que yo jamás haya visto. Él, me dijo.

- Contéplalo todo bien, pero no lo escribas.

Por un camino más bien ancho subimos a la cima de una gran montaña ¡Las estrellas estaban tan cerca que, casi las podía tocar con la punta de mis dedos! Los soles que nos rodeaban eran muchos y, enormemente grandes.

En esos instantes pensé - Él, me ha traído aquí para que me quede, es por eso que el ángel o hada, me ha ofrecido este crisantemo.

Él, mirándome tiernamente, negó con una sonrisa. Yo le pregunté.

- ¿No he muerto?

- No. Pero lo que sí es cierto es, que he cogido tú espíritu para que hiciera conmigo este largo trayecto.

Cuando lo hayas visitado todo, te marcharás de aquí y, entrarás en tu cuerpo que ahora reposa en tu cama plácidamente.

Él, me estaba diciendo la verdad de todo. Yo no sentía diferencia alguna estar dentro de mi cuerpo o fuera, para mí era lo mismo, puesto que sentía la planta de mis pies tocando el suelo. Mi mano derecha seguía sosteniendo el crisantemo tan bello que el hada me ofreció.

---

Llevaba un tiempo allí, pero no sé cuanto. El tiempo entre la tierra y el cosmos varía mucho. Lo que para la tierra es un año, para el cosmos son mil años. De esta cantidad se puede ir bajando meses días y minutos que, fue lo que pasé junto a él, pero que se puede relatar como uno o dos años viviendo en ese hermoso lugar.

Dentro de la catedral como yo la llamo por la forma que tiene, paseaba yo por uno de sus

hermosos y bellos jardines. No estaba sola, puesto que dentro es igual a una gran ciudad habitada de gente maravillosa y encantadora.

Me sorprendió verlo a él, que venía caminando frente a mí. Me sentía envuelta en su dulce mirada. Cuando los dos nos encontramos y estábamos uno frente al otro, posó sus delicadas manos sobre mis hombros y, mirándome fijamente me dijo.

- ¡Hija del alma! Ahora tienes que volver, has pasado aquí un tiempo, el necesario para que te recuperes de todos esos años que hace que escribes para el mundo de la creación. Para tantos y tantos misterios que viven contigo. Tú mente y tu visión están preparadas para que empieces a escribir de nuevo, las maravillas que hay en el universo ¡Y recuerda! Ser siempre alegre, y sonríe. Porque todo lo bello y auténtico lo sabéis elegir las personas que sois alegres y, que vais repartiendo alegría por donde pasáis.

Dos lágrimas resbalaron por mis mejillas.

Él, me sonrió al tiempo que las quitaba con las yemas de sus dos pulgares. Yo le dije.

- ¡Son de alegría!

Él asintió sin dejar de sonreírme.

Me estrecho con suavidad entre sus fuertes brazos y, depositó en mi frente un beso.

Rodeó mis hombros con su brazo derecho y, de esa manera los dos caminábamos hasta la

salida. Allí esperaban varias hadas para despedirse de mí.

Una llevaba por el tallo cogida, una rosa, de un color rosado de cielo de puesta de sol. Me la ofreció y yo la cogí. Otra hada o ángel sostenía por el tallo largo, una azucena blanca y transparente de luz, que también me la entregó. Otra sostenía por su largo tallo, una amapola, me la ofreció y, también la cogí, y por último, otra hada me entregó una espiga de trigo, que sostenía por su largo tallo.

Ellas sonreían al ofrecimiento que acababan de hacerme. Él, mantenía su dulce mirada entre esos bellos y mágicos seres, y también conmigo.

Yo tenía que dejar aquél maravilloso lugar para volver al mío, a la vida cotidiana de siempre, a mis viajes astrales, que son innumerables y, por supuesto, es mi escritura la que me viene del cielo.

Con lágrimas en los ojos les dije a todos adiós.

Por último, él, acarició mis cabellos y, dijo.  
- ¡No tardaré en estar otra vez contigo!

Fui bajando despacio la pendiente del estrecho camino que me conducía a casa. Iba acompañada de muchas mariposas de varios colores que revoloteaban a mí alrededor. Llevaba conmigo, mucha alegría y, una paz inmensa que me hacía muy feliz.

Según iba yo caminando pensaba - ¡Qué hermoso es el mundo de Dios! ¡Qué maravillas hizo

al pronunciar la palabra! ¡Qué seres más bellos creó en el universo!

Una de las centenares de mariposas que me acompañaban, se posó en mi hombro derecho y, me dijo con voz tierna y muy suave.

- ¡Dichosa de ti que lo has comprobado! ¡Feliz serás, porque lo has visto! ¡Y llena de amor siempre estarás, porque lo has vivido!

Yo giré la cabeza para dar las gracias a esta bella mariposa, pero en esos instantes, levantó el vuelo y, la seguí con la vista hasta que se posó en uno de aquellos majestuosos árboles y, allí se quedó. Me llevé las yemas de mis dedos a la boca y, le envié un beso al tiempo que le decía a ella y a las demás mariposas que me acompañaban.

- Doy las gracias a todas las criaturas que vuelan, por acompañarme en mis largos viajes, de haber podido llegar hasta la montaña más alta y, conocer mi alma.

Entre todas las criaturas que voláis me habéis enseñado como tenía yo que volar y conocer mis alas. Hace años, pensaba que no las tenía por ser humana, pero la verdad es, que Dios al crear todas las criaturas, les otorgó a todas sin excepción alas. La de las aves, son visibles, la de los humanos invisibles. Y lo hermoso es, descubrir que las tenemos.

El Todopoderoso o la gran energía que hace que todo el cosmos esté en movimiento sin descanso, nos permite a todas las criaturas de poder

volar por lugares infinitos y, poder ir descubriendo tesoros que creemos están escondidos. Y en realidad, nada hay oculto a los ojos del Creador, y tampoco a las criaturas que vuelan por el cielo infinito.

La fe es la que nos transporta a descubrir las montañas más altas. Esta Diosa de nombre Fe, es la encargada de elevar el alma de los humanos y, de transportarlos a los lugares más sagrados que viven dentro de cada ser humano.

Esta bellísima Diosa nos acaricia el rostro con sus suaves manos, y su sonrisa encantadora. Ella sabe muy bien, que sin alegría, no se consigue nada.

---

Él, llega después, cuando la Diosa Fe, ha hecho su trabajo. Todos los humanos somos a su lado un rebaño de ovejas que él, dirige y guía. Es por eso que hay que escuchar, obedecer y seguir, al Divino Pastor.

CLARA EISMAN

CLARA EISMAN PATON

EL SEÑOR Y EL GORRIÓN - 3-1- 1995

# 1

Te miro Señor cuando caminas por los campos. En mi entendimiento comprendo que eres el dueño y soberano de toda la tierra.

Voy detrás de ti siguiendo tus pasos, manteniendo una larga distancia. Llevas una labor importante, la de ir derribando fronteras, las destruyes, porque de todos es la madre tierra.

Una madre buena por muchos hijos que tenga, a todos los quiere por igual y, los mece entre sus amorosos brazos hasta que en ellos descansan y se duermen.

- ¿Qué es esto? - Preguntaste alcanzando una montaña.

Esta vez yo iba más cerca de ti y, al oír lo que preguntabas te respondí con tristeza.

- Es una puerta que los hombres de leyes han puesto para privarle a otras personas el paso.

El Señor de todos los Señores se enfadó. Vi la ira y el enojo que había en tus pupilas color azul cielo.

En esos instantes te supliqué.

- ¡Señor, hasta donde llegará tu cólera! ¡Yo que soy un pobrecito gorrión! ¿Qué puedo decirte?

Tú que eres el Señor de todos los condados, de todas las torres y, de las montañas más altas, te fuiste muy enfadado.

Yo te seguía, corría y corría agitando mis pequeñas alas tras de ti. Con mis trinos te suplicaba, te rogaba que calmaras tu ira y la descargaras contra toda aquella gente que hacían las cosas por ignorancia ¡Son hombres, que se puede pedir de los humanos!

Yo iba siguiendo todos tus movimientos. Y de pronto sentí un miedo espantoso. Te diste de bruces con una de esas puertas ¡Aún recuerdo la visión en mi mente de cómo la trataste!

La agarraste con tus fuertes pero suaves manos, la arrancaste del suelo y, la levantaste hacia arriba para estamparla al otro lado mientras decías gritando con rabia.

- ¡No más puertas inútiles! ¡No más prohibición!  
¡Libertad! ¡Libertad!

Recuerdo a los hombres que guardaban aquella frontera cómo corrían unos para un lado y otros a otro, mientras que pedían auxilio. Madera y cristales quedaron rotos y esparcidos por el suelo. Miraban asustados quién podía haber hecho tal estrago. El viento no era, pues, hacía un día sereno. Pero al no hallar razón alguna le echaron la culpa a la puerta que era vieja y estaba defectuosa.

Cuando pasó toda esta tempestad, los hombres fueron tranquilizándose y, tratando de recuperar los trozos rotos. Tú subiste a la montaña y, mirando al cielo, pusieron en tu mano derecha una copa con vino y, en tu mano izquierda un pan redondo. Te sentaste en la cima de la montaña y,

repartiste el vino y el pan para todos aquellos que te escuchaban.

Este pobre gorrión, te vio llorar. Era terrible para mí que soy tan poca cosa, presenciar tus santas lágrimas en silencio. Yo miraba tus mejillas empapadas en tus sagradas lágrimas ¡Qué poquita cosa soy Señor, mi gran deseo era el de ayudarte! ¡Pero cómo te iba ayudar si sólo soy un gorrión! Yo me hacía preguntas - ¿Porqué el ser humano es así? ¡Si ellos pudieran ver la gloria que yo he visto en ti, estoy seguro que se arrepentirían de todo y, te seguirían!

- ¿Señor, estás otra vez llorando? Siento tu garganta como te aprieta, tu voz se hace más callada y ronca ¡No temas de que el amor te falle! Siempre estás vigilando para que el amor siga en pie y corra hasta tus divinos brazos, y de esa manera, tú juntas amor y paz ¡Porque tú eres el más grande de los guerreros, jamás dejas de combatir Señor!

Yo que soy un pobrecillo gorrión estoy agotado de presenciar tu coraje y valor. Mi frágil cuerpo no se tiene en pie y, en estos instantes necesito beber un poco de vino que contiene tu copa y comer un pedacito de tu pan sagrado.

De pronto el Señor se convirtió en Cordero, en un Cordero blanco inmaculado. Se sentó sobre la hierba depositando frente a Él, la copa y el pan. Yo me había posado encima de la hierba, a la derecha del Cordero. Con sus manos partió el pan, me ofreció un trocito dejándolo encima de la hierba.

Con un deseo enorme de ponerme fuerte, fui picoteando el pan hasta que lo acabe. Luego me ofreció el Cordero la copa de vino para que bebiera, yo dando un saltito me posé en el filo, e introduciendo mi pico bebí de ese vino suave y sabroso que bajó del cielo extraído de los viñedos celestiales.

Rápidamente me recuperé del cansancio y agotamiento. Mis alas cobraron fuerza y revoloteé por encima del Cordero, que con mirada tierna y dulce observaba siguiendo mi vuelo. Su sonrisa apareció y yo, muy contento, me acerqué más a él, con mi pico besé su carita dulce e inocente. Mi corazón sintió pena y ternura al mismo tiempo, por esa dulce criatura que tanto amor da. Rompí en sollozos, no podía reprimirlo era, mi corazón el que estaba llorando de tanto amor que estaba recibiendo del Cordero Blanco.

Se echó sobre la hierba para descansar y yo, para no impedir su descanso volé hacia unos matorrales que no estaban lejos y, me posé en una de sus ramas. Sentí alegría y me puse a trinar. Vi los ojos del Cordero como los cerraba para su descanso. Yo lo miraba como dormía y yo, que soy un dulce pajarillo, seguí con mis trinos.

El Cordero estuvo durmiendo aproximadamente una hora. Se puso en pié y, mirándome me dijo.

- ¡Vuela gorrión hasta mi lomo, hoy no quiero que hagas esfuerzos con tus delicadas alas! Ya tienes algunos años, en todo este tiempo no has parado de volar y, de trinar, llevando mensajes de amor por toda la tierra ¡Sube a mi lomo dulce pajarillo quiero hacerte hoy un regalo!

El Señor estaba al corriente de todo el trabajo mío. No me lo esperaba, quizá, porque soy un gorrión y, como todos los gorriones, soy humilde y, nunca espero nada. Todo esto que estoy revelando hoy, es una gran ofrenda para mí.

Volé hasta el lomo del Cordero y, allí me quedé esperando una orden.

El Cordero empezó su caminar. Desde su lomo podía ver las cosas bellas y hermosas.

Por donde íbamos pasando era un lugar mágico y ardiente como el mismo fuego sagrado, que hace que todo brille igual que los diamantes más puros.

El Cordero giró la cabeza, y mirando al gorrión le dijo.

- Cógete bien a mi lana y procura no caerte.

Yo que soy el gorrión hice caso al Señor y, me agarré a su pelo blanco ondulado. Iba orgulloso y

contento, trinando mis más bellas melodías. Miraba a los demás pajarillos y otras aves que se iban cruzando delante de nosotros. Yo le sonreía abriendo mi pico y, con mis alas les decía adiós.

El Cordero caminaba despacio y tranquilo. Había cogido una vereda que conducía a un campo de almendros y que, estaban en flor. Su dulce aroma yo la apercibía y con el pico abierto lo respiraba ¡Cuánto silencio y armonía había en su caminar!

Aunque no habláramos había mucha comunicación entre el Cordero y yo.

Yo sentía en mí, todo lo que iba con él. Y él, que es el Señor, percibía y sentía todo lo que le ocurría a las demás criaturas que Dios había creado para todas las cosas buenas.

Habíamos llegado al final de la vereda. Allí había otra puerta de hierro, pero más grande que la primera. La escoltaban hombres y mujeres que vestían de uniforme.

Yo cerré los ojos para no ver lo que iba a suceder y pensé - ¡Pobre de mí que sólo soy un gorrión!

Lo que ocurrió fue mágico, es de esa manera como lo voy a describir, porque con palabras no podría.

El cordero con su fuerza y poder se transformó en rayo y, rebasó todos los límites.

Me vi envuelto en él, yo iba fuertemente cogido a su pelo rizado y, de pronto estaba con la cabeza hacia abajo, hacia arriba. Mi frágil cuerpo se

balanceaba de un lado a otro. De un momento a otro iba a salir volando por los aires ¡Mi cabecita se iba a despejar de mi cuerpo! Con la rapidez que iba el cordero, no me daba tiempo a reaccionar, ni a pensar, mi único anhelo era el de cogirme fuerte y no caerme de su lomo.

Con la rapidez que actuaba, podía haber derribado cien o doscientas puertas. Parecía que hubiese pasado un tornado llevándose consigo, la gran puerta que los hombres de leyes habían puesto, para impedir que la gente pasara al otro lado.

Todo quedó en un montón de escombros.

Los hombres y mujeres vestidos de uniforme corrían gritando, y de esa manera se perdieron en el campo abandonando el puesto.

El cordero muy enfadado gritó.

- ¡No más puertas en la tierra! ¡No más muros que prohíba el paso! ¡La tierra es de todos! ¡La tierra es el paraíso de amor!

Nadie escuchó las palabras del cordero, porque iban corriendo desesperados por el miedo a morir ¡Es el temor de los humanos!

Mis patitas de gorrión temblaban, pero estaba bien agarrado al pelo rizado del cordero blanco.

Los hombres y mujeres de uniforme aunque iban lejos, se les oía decir gritando - ¡Señor! ¡Dios mío ayúdanos!

La ira del cordero fue disminuyendo y, cuando estuvo más tranquilo, le pregunté.

- ¿A qué Señor se dirigen y llaman?

El cordero me miró. Sus ojos estaban cansados y húmedos de haber llorado. Y respondió.

- Como son ignorantes, cualquier dios es bueno en estos instantes y, lo llaman sin saber a quien se están dirigiendo. Es por eso, que sus súplicas, no tienen poder ni son atendidas.

El cordero mirándome con ternura, me dijo.

- ¡Pobrecito gorrión! ¿Has sentido mucho miedo?

- ¡Mucho miedo! - Le respondí - ¡He sentido terror! ¡He conocido tu ira! Hubo un momento en que creí salir disparado hacia algún lugar. Pero Tú eres el Señor, el cordero, el creador, la creación, el gran Espíritu del cielo, el divino Rey, la comunicación, con todas esas cosas. El salvador, el Cristo. Eres el Amado Amor.

Pues siendo como eres tantas fuerzas y energías, sentí temor de que olvidaras que yo iba subido en tu lomo.

Por las mejillas del cordero resbalaron dos lágrimas. Eso me desconcertó y, le pregunté con preocupación.

- ¡Señor! ¿Han sido mis palabras las que te han hecho llorar?

- Has mencionado muchas fuerzas de las que yo soy-  
Respondió el cordero - Pues, una de esas fuerzas estaba sujetándote a ti para que no cayeras. Cuando tantas energías trabajan juntas, cada una hace su labor ¿Cómo has podido pensar que me había

olvidado de ti? Esa es la pena que he sentido y, por lo que he llorado.

Le pregunté acercando mi cabecita cerca de la suya.

- ¡Dime Señor! ¿No era desconfianza lo que yo sentía verdad? Porque la fe que tengo eres Tú que me las has dado.

- ¡Gorrioncillo! - Dijo el cordero - No es eso que tú dices. Sentías miedo a que me olvidara de ti en mi ira, solo eso.

Yo asentí, y le dije más tranquilo.

- Ahora me siento mejor, tus palabras me han reconfortado.

- ¡Prepárate! - Dijo el cordero - Vamos a continuar.

Dejamos atrás todo lo sucedido. Aún guardaba en mi visión el hecho que realizó el cordero y, en mis oídos resonaban los gritos de los hombres y mujeres pidiendo auxilio, de los que estaban encargados de controlar el paso a las demás gentes de la tierra.

El cordero había cogido un camino ancho. Mi sorpresa fue enorme cuando vi que todo aquél lugar estaba nevado. En los laterales de este camino a todo lo largo, había hermosos y esbeltos cedros, de copa muy elevada. Estaban blancos por la nieve que había caído o, que todo aquél maravilloso lugar fuese así.

Escuchaba en el silencio las pisadas del cordero caminando sobre la nieve. Su caminar era lento, no tenía prisa por llegar a no sé donde. No sabía el tiempo que tardaríamos en llegar al lugar donde se dirigía. Yo no quería extorsionar su paz y tranquilidad con algunas de mis preguntas.

Sentí mucho frío en mis patitas. Hacía frío mucho frío, hasta el punto de no sentir mi pico, por un instante creí, que me estaba congelando, y me sujetaba muy fuerte al pelo rizado del Señor. Pensé, que Él, lo sabía, era por esa razón que no decía nada. Yo miraba a lo lejos, y solo podía ver nieve y más nieve.

Habíamos caminado mucho trecho en silencio y sin hablar. El cordero no iba cansado, lo había notado en el modo que respiraba. Yo lo oía y, su respiración era lenta y tranquila.

No debíamos estar lejos de donde se dirigía, estaba seguro que no. Por la razón que mi frágil cuerpecito no resistía más. Hubo un momento en que me iba a caer y, pronto reaccioné, y me puse derecho. El cordero lo notó, giró su cabeza y me miró. Luego me dijo.

- ¡Has estado a punto de caerte!

- ¡Señor, estoy pasando mucho frío! - Le respondí - Pero voy bien agarrado a tu pelo.

- Llega hasta mi oreja - Me dijo - Y colócate tras de ella, ahí tendrás más calor. No queda mucho para llegar.

Hice lo que me dijo y, pronto recuperé más calor.

Mi cabecita casi helada, estaba metida bajo mi ala derecha, la saqué y miré impaciente por ver una señal que indicara algo. Mi sorpresa fue grandiosa al descubrir que al final de aquél camino se alzaba una gran roca, aún más blanca que la nieve que el cordero iba pisando. Estaba seguro de que era allí donde nos dirigíamos, porque el camino era recto y acababa en la gran roca en forma de pirámide.

Oí la voz del cordero que me dijo.

- ¡Gorrioncillo! Hemos llegado al lugar donde te quería traer. Ahora cógete fuerte, porque vamos a volar hasta allí.

Hice lo que me dijo y, escondido detrás de su oreja, me agarré con fuerza.

El cordero elevándose de la nieve y como si tuviera alas, entró dentro de la gran pirámide atravesándola igual si fuera una cascada de agua. Yo solo sentí un movimiento de aire que rozaba mi frágil cuerpo, pero que en ningún momento no podía ocurrirme nada.

- ¡Gorrioncillo! - Dijo el cordero - ¡Estamos dentro!

De la oreja del cordero salté para posarme sobre su cabeza. Miré con curiosidad y rapidez, pues, deseaba descubrir el interior de ese hermoso lugar sagrado.

Dentro era lo más parecido a una casa rústica con muchas puertas que, al parecer eran habitaciones, pero con exactitud no lo sé. En el gran recinto, una chimenea calentaba con un gran fuego que caldeaba todo el espacio, y un montón de chopos ardían con fuerza. Encima de estos chopos había un caldero y, de ahí salía un aroma a buena comida que movía con habilidad una señora de mediana edad. Ella nos miró sonriente. Su bello rostro no presentaba arrugas. Su mirada de ojos grandes que acariciaban, de color verde mar, me miraron con ternura. Su boca bien marcada y natural, me sonreía.

Un turbante blanco rodeaba su cabeza, sin dejar algún cabello al descubierto. También ella vestía de blanco inmaculado, con túnica que tapaba sus pies.

Ella dejó de mover la comida que estaba haciendo y, se acercó a donde estábamos. Nos dijo con voz suave.

- ¡Hijos! Acercaos a la chimenea y calentaos.

- ¡Si madre! - Respondió el cordero.

Seguidamente dirigiéndose a mí me dijo.

- ¡Gorrioncillo! Salta de mi cabeza y acércate a la chimenea.

Hice lo que el cordero me recomendó. Me coloqué a su lado y cogimos calor con los chopos que ardían.

Un bienestar, igual nunca lo había sentido. El silencio que reinaba allí ofrecía una fresca fragancia a rosas.

La Señora llenó dos cuencos de madera del caldo misterioso, y también mágico que ella misma había cocinado para nosotros. Colocó los cuencos delante de cada uno de nosotros y nos dijo.

- Ahora es el momento de tomarlo. Los dos recobrareis todas las fuerzas que habéis desgastado.

Di un saltito y me posé en el borde del cuenco, acerqué mi pico al caldo que había dentro y, bebí a pequeños sorbos. Estaba delicioso, pronto sentí como mi cuerpo se calentaba y, mis patitas cogían más fuerza.

El cordero también iba bebiendo despacio.

La Señora nos observaba sonriente mientras tomábamos su alimento, el que había preparado para cuando llegáramos.

Se fijó en las patitas del cordero, las tenía quemadas a causa de la nieve.

En una silla baja de madera se sentó. En su mano derecha sostenía un paño blanco y, con este tisú de algodón, estuvo lavando las patitas del cordero mientras comía. Yo la observaba, ponía en ello mucho cariño, haciéndolo con cuidado. En mi ser, sentí deseos de los mismos, mimos, aunque no era eso. El cordero necesitaba en esos instantes de esos cuidados.

La Señora nada más acabar de curar las patitas del cordero, con su mano izquierda me agarró por detrás de las alas y, con el paño extendido limpió mi vientre, luego me dio la vuelta y, con sus manos amorosas limpió mi cabecita y mis alas. Seguidamente, volvió a colocarme sobre el borde del cuenco para que siguiera bebiendo de ese caldo sabroso que sabía a gloria bendita.

La Señora hizo un gesto maravilloso que jamás podré olvidarlo. Se volvió hacia el cordero para revisarlo de nuevo y, con amor besó sus patitas, besó su lomo y, por último su cabeza. Lo estuvo acariciando con sus dulces manos. Cuando ella advirtió que yo miraba embelesado, vino hacia mí, me acarició, y me besó del mismo modo.

No puedo saber el tiempo que estuvimos allí creo, que en este mágico lugar el tiempo no existe y, con todo eso, el tiempo se me hizo corto, al lado de la Señora, hubiese estado toda la Eternidad.

Estoy seguro, aunque el cordero no me lo comunico, que se trataba del cielo, la Casa del Señor.

Ya estábamos restablecidos los dos y preparados para hacer el regreso. Me sentía triste de separarme de la dulce Señora, pero era evidente que tenía que regresar.

En el momento de marcharnos, la Señora cogió debajo de su brazo derecho al cordero y, estuvo besando su cabecita. Con su mano izquierda me sostuvo a mí y, también besó mi cabecita. Luego nos dijo.

- ¡Os deseo un feliz retorno!

Nos depositó en el suelo. El cordero dijo mirándome.

- ¡Gorrioncillo! Vuela hasta mi lomo y prepárate que vamos a salir.

Obedecí al pie de la letra y, al instante estaba fuertemente agarrado al pelo ondulado del dulce cordero. En el momento de salir de la pirámide se escuchó la suave voz de la Señora diciéndonos.

- ¡Os quiero hijos míos!

El cordero se elevó del suelo y, con la rapidez del rayo salimos de aquél mágico y bellissimo lugar que, toda mi vida lo estaré recordando.

Después de haber atravesado la pirámide y la nieve, el cordero se posó en un campo repleto de flores, de todas casas y colores, de un perfume que relajaba. Se sentó sobre la hierba para descansar y, levantando la cabeza me dijo.

- ¡Gorrioncillo! Hemos llegado hasta el lugar donde te encontré. Salta de mi lomo y vuela hasta el árbol que más te guste. Se siempre feliz, no debes olvidar esta gracia y virtud tiene que acompañarte por siempre. Y también recuerda, que la naturaleza es tuya y, de toda criatura viviente.

Todos aquellos alrededores estaban llenos de árboles majestuosos, custodiando aquél hermoso y espléndido lugar. Ahí vivía yo, en medio de la naturaleza, de la Madre Naturaleza.

Vi en la mirada del cordero mucha tristeza, no me sentí con el deber de preguntarle porqué Él, es el Señor. También yo me sentía triste de separarme del cordero. Lo iba a echar mucho de menos y, lo mágico era, que lo llevaría en mi corazón toda mi existencia, y en mi vida eterna.

Di un salto y me posé en las flores mirando de frente al cordero. Abrí mi piquito y le sonreí. Con dulce voz Él me dijo.

- ¡Gorrioncillo! Vuela alegre y vive para amar.

Yo quería hacerle un regalo, y de mi garganta salieron los trinos más hermosos que yo jamás tuve ¡Ese era mi regalo!

El cordero sonreía a tiempo que movía la cabeza llevando el compás de mi cántico.

Cuando la garganta la tuve seca de tanto trinar, levanté el vuelo y me fui a posar sobre una rama de un árbol en flor.

El cordero siguió con su mirada donde me posé y, mirándome subido en la rama, se puso en pie para proseguir su camino. Echó una mirada a su alrededor y reposó sus lindos ojos en los esbeltos árboles, en las maravillosas flores de muchos colores que bordaban aquél hermoso campo. Por último, volvió a mirarme y, advertí con pena que estaba llorando. Me entristecí, y mi enojo era tan grande que le dije.

- Mi Señor, no llores ni estés triste, no te apenes, no sufras. Tú sabes mejor que yo, que ellos, los que no te respetan ni a Ti ni a la Madre y Diosa Naturaleza, nunca lo harán, nunca creerán que por encima de todas las cosas, hay un Ser Supremo dispuesto a cada instante si es posible de volver a crear de nuevo. Y de hacer las cosas más maravillosas que aún más puedes crear.

Todos estos, jamás verán la Luz, se encelaran en ellos mismos, y se castigaran sin piedad ¡Hasta que punto son torpes!

El cordero llegó hasta el árbol donde yo estaba posado y, ya sin lágrimas me dijo.

- ¡Gorrioncillo tienes mi permiso para enseñar a todos esos que buscan la luz, a muchos que no tienen prejuicios y que dicen la verdad! Que son tímidos sin serlo. ¡Que son ardientes pero que no queman! ¡Gorrioncillo! Eres inteligente y captas rápidamente

mis palabras. En otra ocasión nos volveremos a ver y, viviremos otra nueva aventura, otro nuevo renacer ¡Hasta pronto gorrioncillo!

Yo muy emocionado le respondí.

- ¡Hasta pronto mi Señor!

---

De súbito el cordero fue elevándose y, su figura se transformó en el Señor Rey. Su túnica blanca iba rozando las flores según caminaba, dejando tras de Él, un aroma a rosas y a jazmines.

CLARA EISMAN

CLARA EISMAN PATON

EL REINO DE LOS ANIMALES

2 - 11 - 1989

## PROLOGO

Mirar los campos y praderas, montañas, ríos y mares, y fuentes, rocas que lo rodean.

El vuelo de las mariposas posándose en las flores, alimentándose de su néctar y de sus bellos colores.

El vuelo de las aves bordando el cielo coronándolo de ángeles celestiales.

Árboles y flores bordan la tierra dejando hilos azules y blancos, que son los manantiales que nos alimentan.

La naturaleza es hermosa y bella que el Todopoderoso creó para que viviéramos todos felices en ella.

El mar que mide tres partes de la tierra, las criaturas que lo habitan bailan y sueñan en sus aguas salinas.

Lo mismo que hay en el cielo, hay en la tierra.

Clara Eisman Patón

# 1

Aquél día era lluvioso y al caer la tarde ocurrió rápidamente. Muy tarde no era, aunque la noche se echó encima.

El agua no paraba de caer y hasta entonces no se oyeron los primeros truenos. Los relámpagos empezaron a aparecer y, los truenos cada vez eran más agudos y más seguidos, dejando eco en el monte donde yo vivía.

Estaba segura que se trataba de una tormenta de verano, y que pronto pasaría.

Mi casa estaba cerca de un riachuelo, el agua que bajaba era abundante y cristalina.

Tenía suerte de vivir en ese trozo de la naturaleza, en ese pedazo de tierra donde yo nací. Los animales eran la única compañía que yo tenía, son mis más fieles amigos.

La mayor parte del día lo pasaba jugando con ellos y, me correspondían con cariño y amor. Uno no era de raza, y de color blanco. El otro, un San Bernardo color avellana. Los dos se llevaban muy bien, estaban todo el día juntos, y dormían de la misma manera, acurrucados uno al lado del otro, no se separaban para nada. También tenía un loro que iba suelto por la casa, revoloteando posándose donde

más le gustaba. Era limpio, y se llevaba bien con Timoté y con Alejandrina.

Timoté era el macho que no tenía raza, y Alejandrina, hembra San Bernardo. Estos animales eran los que conmigo vivían, los quería, como a mi propia familia.

Los relámpagos no cesaban de caer iluminando el monte como un rayo de sol. Los truenos cada vez se iban acercando más y, el estruendo cada vez era más fuerte.

Sentí miedo en aquél monte solitario, era la primera vez que una tormenta me asustaba y, lo que más me extrañó fue que, Timoté y Alejandrina estaban temblando de miedo. No eran perros que se asustaban con facilidad.

Tana era el nombre que le puse a la lorita por sus bellos colores, estaba nerviosa e inquieta y, solo hacia que revolotear por toda la casa sin saber donde posarse.

Yo trataba de tranquilizar a mis amigos los animales, pasaba mis manos por sus cuerpos temblorosos y, les daba palabras de tranquilidad.

En esos instantes, se escuchó un fuerte trueno que hizo temblar todo aquél monte, esto hizo que me levantara de la silla donde estaba sentada y fuera a mirar por una de las ventanas. Mis compañeros también me siguieron, no aceptaron quedarse solos.

Frente a la casa había un grueso árbol, aunque era ya viejo todavía estaba fuerte. Estaba

bañado por el agua que caía y, todas sus ramas eran manantiales que bajaban regando la hierba.

Mi vista recorría toda la visión que los cristales de la ventana permitían. Mis ojos con sorpresa se posaron en algo lejos de la casa. Distinguí una luz brillante con forma humana. Sacudí la cabeza incrédula por lo que estaba viendo, cerré y abrí varias veces los ojos, porque pensé que eran ellos que lo hacían, debido a los relámpagos. Como no podía sacar nada en concreto, volví a mi asiento seguida de mis perros.

Mi pensamiento estaba en lo que había visto. Traté de no pensar más y, me giré hacia mis animales para tranquilizarme yo y, tranquilizarlos a ellos.

Tana era hembra y muy divertida e inteligente, todo lo que yo hablaba lo grababa en su mente y, cuando menos me lo esperaba repetía frases mías.

Parecía que me había tranquilizado cuando de súbito, Timoté y Alejandrina se pusieron en pie y, en un estado de nerviosismo más fuerte que el anterior, buscaban olfateando por todo el recinto. Tana también tuvo un comportamiento similar. Volaba sobre mi cabeza agitando con sus alas mis cabellos.

No podía quedarme sentada ante lo que estaba viviendo y, también yo me agité. Me quedé detrás de la puerta esperando que algo pronto sucediera y, tratando de controlar mis nervios. Las

sienes me palpitaban, y sentía un ligero dolor en la cabeza, acompañado de un pequeño vértigo que yo equilibré extendiendo mis manos hacia delante.

Mi sorpresa fue enorme cuando descubrí que, por debajo de la puerta se filtraba mucha luz plateada y brillante. La luz de la vela que ardía en el recinto era la única claridad que tenía, y la que podía haber dentro. Nada más empezar a llover, la luz eléctrica se cortó y, tuve que encender una vela que reposaba sobre la gruesa mesa de madera.

Creo que había transcurrido sólo unos minutos de mi espera, cuando algo extraño se oyó fuera y, delante de la puerta. Mi cuerpo se transformó en un manojo de cables eléctricos que yo no podía controlar porque era imposible. Mi cuerpo era eléctrico al sentir que alguien, alguna presencia que yo desconocía estaba a punto de entrar o de traspasar la puerta. De pronto, sentí correr la electricidad por todo mi cuerpo. De los muslos bajaba por las piernas y, salía por los dedos, y las uñas de los pies. De las sienes, bajaba por el cuello y hombros y, descendía por los brazos hasta llegar a las manos y, hacía su salida por los dedos y uñas. Mi corazón estaba acelerado, e iba a más de cien. No puedo asegurar el tiempo que duró, cuando toda esta sacudida desapareció de mí, me sentí liberada. Entonces fue cuando suavemente llamaron a la puerta. En ese instante no sabía que hacer y, lo primero que se me ocurrió para protegerme fue, colocar a mi derecha a Timoté y, Alejandrina a mi

izquierda. Y sin moverme del sitio quité dos vueltas a la llave y poco a poco abrí la puerta.

Me quedé sorprendida al advertir la luminosa luz que casi cegó mis ojos. Cuando pude recuperar la visión, vi delante a una bella mujer, tanta era su belleza que es imposible que perteneciera a la tierra. Vestía de color rosa, de largo, los pies no pude verle. Su tez bronceaba, de ojos verde mar. Sus cabellos como el oro lucían largos y ondulados por la mitad de su espalda.

Ella esperaba a que yo la invitara entrar. Mi reacción fue la de abrir la puerta de par en par. Me quedé con la boca abierta viendo como traspasaba el umbral.

Me sonrió con amabilidad y me dijo.

- Hija vengo a que me acompañes.

En esos instantes al oír sus palabras me quedé embelesada y sin saber qué responder.

No sentía ningún miembro de mi cuerpo, a punto estuve de caerme al suelo. Pero de pronto, algo hizo ella que recobré la serenidad hasta el punto de encontrarme muy relajada.

Ella me dijo por último.

- Ahora tenemos que marcharnos.

Busqué con mi vista a Timoté, Alejandrina y a Tana. Miré luego a la señora, y le pregunté.

- ¿Ellos también vienen?

Con un gesto cariñoso ella respondió.

- Se quedan aquí esperándote a que vuelvas.

Ellos habían entendido bien, no tuve que decirles nada. Timoté y Alejandrina, se sentaron en el suelo y se quedaron quietos, parecían dos estatuas. Tana que había llegado hasta el borde de una silla y que era donde se había posado, allí se quedó.

La señora había salido afuera que era donde me estaba esperando. Dejé la puerta abierta para que mis animales pudiesen salir si les apetecía. El tiempo que yo tardaría en volver no lo sabía, ni lo encontré adecuado preguntárselo a la señora.

Ella andaba despacio y yo la seguía a su lado, la noche era oscura. Aunque la luz que desprendía ella, iluminaba nuestro caminar.

Cuando creí que sólo hacía unos minutos que habíamos emprendido el camino, vi que frente a donde nos dirigíamos había una hermosa y maravillosa cascada. La cantidad de agua que descendía era mucha, cristalizaba aquél lugar por lo limpia que bajaba. Al llegar a la cascada la señora me dijo.

- ¡Pasemos por entre las aguas!

Yo la seguí y, puedo decir que no me mojé.

Al otro lado, todo era mágico. Allí habitaban todos los colores del universo y, me quedé como encantada mirándolos. No representaban el arco iris, ni tenía su forma. Eran puertas y, cada puerta tenía un color y, en cada una había una inscripción grabada que representaba un símbolo.

Íbamos avanzando por un pasillo de césped verde. Al llegar al final me esperaba la sorpresa de

verme junto a un lago profundo y tranquilo. Miré a la señora con interrogación. Ella con suave voz y al tiempo que sonreía me dijo.

- Vamos a entrar en el lago, no tengas miedo de nada.

Al llegar a la orilla del lago, descubrí que había escaleras blancas de coral. La señora se dispuso a bajar la primera y, al instante que lo hacía me dijo.

- ¡Sígueme!

Yo la seguía. Según iba bajando, no veía el fin de las escaleras por la profundidad que el lago tenía. El agua no la sentía en mi cuerpo, no estaba mojada.

Se escuchó un coro de voces celestiales cantando una dulce melodía. Al llegar al lugar donde se encontraban, vi que era un coro formado por niños y, que eran lo más parecido a ángeles. Sus rostros bellos como el sol, sus vestiduras blancas y largas. Sus cabellos dorados y ondulados sin que fueran largos. Seguimos andando dejándolo atrás, ese debería ser el lugar donde ellos vivían.

Habíamos pasado el lago y, creo que no en mucho tiempo, porque me parecía que hacía solo unos minutos que había dejado mis animales solos en la puerta de mi casa.

Subíamos una pendiente hasta que salimos del lago. Frente se alzaba una gran montaña cubierta de esbeltos cedros. Los alrededores cubría el suelo muchos lirios de color violeta. Era en otra dimensión donde nos encontrábamos.

La señora subía la montaña y, yo iba detrás de ella, poniendo mis pies en sus pisadas. Al alcanzar la mitad de la montaña, había una entrada grande en forma de arco. Entramos y, lo que allí había eran jardines, de la belleza y esplendor jamás soñada.

Varios tronos habían colocados, con el asiento y el respaldo de terciopelo verde que, hacia un hermoso tono con las flores de aquél radiante jardín.

Uno de estos tronos estaba ocupado por un anciano de cabellos largos y barba blanca. Vestía con túnica blanca y calzaba sandalias de correillas. Íbamos avanzando hacia él, no quitaba la vista de la señora y de mí. Sabía que llegábamos y nos estaba esperando.

Al estar cerca de él, y mirar su rostro, sus facciones no eran de un anciano, sino todo lo contrario. Nos habíamos parado a una distancia, era la señora quién ponía las normas. Ella sonriéndome me dijo.

- Quédate aquí.

Ella avanzó al lugar donde él estaba, y se puso a su derecha. Se miraron y se sonrieron como si se tratara de dos enamorados. Yo aún no sabía porqué razón me encontraba allí, pero pronto iba a salir de dudas.

Él se puso en pie, y vino hasta donde yo estaba. Con su mirada verde mar aterciopelada me miraba. Mi vista no la podía apartar de la suya, yo parecía una estatua.

Sus manos blancas y finas, las posó sobre mis hombros y, clavándome su mirada me dijo.

- Estas aquí porque quiero que conozcas el reino de los animales.

De pronto algo extraordinario sucedió. La señora que se había quedado de pie y, a la derecha del trono, vi como se iba transformando hasta convertirse en una paloma blanca. ¡Abrí los ojos espantada! Él que seguía frente a mí mirándome, sonrío, y me dijo.

- ¡Hija, todos somos animales! Ahora acompáñame.

La paloma volaba por aquél hermoso jardín y, fue a posarse en un árbol donde muchas otras aves reposaban, entre tantas que eran, no podía distinguir, quién era la señora.

Él me llevó hasta una puerta radiante igual que el oro. Antes de que se abriera, oí los ladridos de varios perros. Él empujó la puerta con su mano derecha, y la puerta se abrió ¡Era maravilloso lo que vi! Eran praderas verdes pobladas de árboles y matorrales, donde vivían muchos animales juntos y

de todas las razas. Me llenó de alegría descubrir, que Timoté, Alejandrina y Tana, compartían con los demás animales todo aquel bello lugar.

Él me dijo, al verme tan emocionada.

- Los animales que tienes viviendo contigo, se han quedado cuidando de tu casa.

- ¡Entonces! ¿Por qué están aquí? - Le pregunté.

- La que ves aquí, es su otra parte ¡Igual que en el cielo es en la tierra! ¡Recuerda esto y no lo olvides!

- ¿Con la raza humana sucede lo mismo? - Le pregunté.

- No hay excepciones - Respondió - Y sucede de la misma manera en todos los reinos de todas las criaturas vivientes.

Volví a mirar las praderas repletas de animales. Era maravilloso contemplar la creación animal toda junta, y con la armonía que se comportaba.

Timoté y Alejandrina, jugaban felices con otros perros. Ningún animal habían advertido nuestra presencia, al menos eso era lo que yo creía.

Salimos de aquél maravilloso lugar. Seguidamente, el cerró la puerta.

Otra puerta continua se hallaba frente de esta, también era dorada. Los dos nos hallábamos delante de esta puerta. Él, no hizo nada para intentar abrirla y, mi sorpresa fue grande al descubrir que la puerta se estaba abriendo, quién lo hacía era un oso blanco, estaba de pie con las dos patas traseras. Era enorme de lo robusto y alto que era. Abrió la puerta, que para mi fue como sonreírnos. Se puso a un lado para

que entráramos. Si en la primera puerta donde estuvimos era una maravilla, lo que había dentro de esta, no era menos. Aquí no eran praderas lo que habían, sino montañas y más montañas donde no se podía ver el fin de ellas. Había hermosos árboles que lo custodiaban estos árboles majestuosos, que embellecían todo aquél mágico lugar.

Me quedé algo aterrada pero que rápidamente pasó por la intervención de Él, que siempre estaba a mi lado, me dijo.

- Los has reconocido, son dinosaurios, enormemente grandes. Se tuvieron que sacar de la tierra para crear la existencia del ser humano, y como ves, aquí viven felizmente. Pero la intención de la creación es, de volver a enviarlos otra vez a la tierra.

Yo lo miré extrañada al escuchar esto que me dijo. Él, me contestó con una sonrisa, y luego me preguntó.

- ¿Te has asustado?

Yo también sonreí al tiempo que Él, me respondía.

- ¡Los dinosaurios ocuparan toda la tierra!

Cuando me habló de la creación y de lo que estaba dispuesta a hacer, le pregunté.

- ¿Quién es la creación?

Él me volvió a sonreír al tiempo que asentía, y respondió.

- ¡La creación es todo! Son dioses y diosas que emplearon la inteligencia para crear uno mismo su propio animal. Después de estar creados todos los

animales, unieron sus inteligencias haciéndola una, para darles vida a todos los animales que habían creado.

Me quedé inmóvil, con todo lo que me comunicó. Él volvió a sonreírme y, me preguntó.

- ¿Lo has comprendido?

Yo levanté los hombros al tiempo que le respondía.

- La primera parte creo que sí, la segunda no.

Por unos instantes creí que estaba durmiendo y que todo era un sueño. Toqué mi cabeza y estiré de mis cabellos para ver si los sentía, también toqué mis brazos y hombros. Todo mi cuerpo sentía las sensaciones del contacto de mis manos. Estaba segura de que no dormía.

Él, al constatar lo que yo estaba haciendo, me extendió sus manos para que yo las tocara. Una vez hecho este contacto con él, me dijo.

- ¡No estás durmiendo! Lo que te estoy mostrando es auténtico.

Note que algo subía por mi pierna derecha, miré para ver que era y, cuando lo comprobé no me alarmé. Subía hacia arriba una serpiente, era plateada como la plata que brilla. Este animal seguía subiendo, había alcanzado mi cadera. No sentí miedo alguno, porque ese lugar era el paraíso de los animales y, esta serpiente representaba el conocimiento y, la sabiduría de toda la creación.

Cuando alcanzó mi costado derecho con mi mano acaricie su cabeza. Él, que seguía a mi lado nos miraba felizmente, tiernamente.

Él, pasó su mano por debajo de la cabeza de la serpiente, y la cogió entre sus manos quedándose en ellas.

Salimos de ese reino animal, el guardián que lo custodiaba, el oso blanco, cerró la puerta. Él, y yo caminábamos por un campo esplendoroso y, a nuestro encuentro salió la señora, la que se había convertido en paloma, pero que ahora era la Señora. Al llegar hasta nosotros, ella me dijo con una sonrisa y suave voz.

- Hija, tienes que regresar

Él, y ella, intercambiaron miradas y también una sonrisa.

Con tristeza me despedí de él, y con la misma nostalgia salí de aquél lugar acompañada por la

Señora. Volvimos por el mismo camino, y cuando llegábamos a mi casa aún era de noche. No puedo asegurar el tiempo que estuve en el reino de los animales, pero creo que todo ocurrió la misma noche. Timoté, Alejandrina y Tana, me esperaban sentados en la puerta de la casa y, al ver que llegaba, se levantaron y salieron a mi encuentro, manifestando su alegría.

La Señora se despidió de mí, diciéndome.

- Hija, ahora conoces el reino animal. Hay muchos más reinos, en otra ocasión haré que los visites para que los conozcas todos. Mi paz te dejo.

La Señora se dio la vuelta y se marchó, yo la miraba como se alejaba y, antes de que la perdiera de vista, se elevó del suelo convirtiéndose en paloma blanca y, vi como volaba por encima de los árboles hasta que se alejó en el cielo.

---

Entre con mis animales en mi casa. Ellos necesitaban más que yo descansar, no habían dormido en toda la noche, esperándome y, lo hice más por ellos que por mí.

Fui directamente al dormitorio y me eché sobre la cama. Timoté y Alejandrina también compartieron mi lecho y, se alejaron ocupando cada uno un lateral

de la cama. Tana prefirió entrar en su jaula y comer pipas de girasol.

Los rayos del nuevo día entraban por la ventana. Esta temprana luz hizo que me despertara. Me levanté de la cama, Timoté y Alejandrina me siguieron. Advertí que no querían perderme de vista.

Me quité el atuendo de dormir y me puse un chándal, bajo la mirada de Timoté y de Alejandrina que no cesaban de observar todos mis movimientos.

Me dirigí a la puerta de salida y la abrí. Salí fuera, hacía un día espléndido, el sol había salido del horizonte y, sus rayos daban sobre mi casa. Saludé al sol, como hacía cada mañana y seguidamente me dispuse a bajar la pendiente para dirigirme al río. Timoté iba a mi derecha y Alejandrina a mi izquierda.

Ya se oía el fluido del agua correr, y cuando íbamos llegando pude advertir el agua limpia y cristalina que bajaba la corriente.

Me senté en el borde del río, me quité el calzado que llevaba y, metí los pies en el agua. Lo necesitaba, mi cuerpo me lo pedía. Mis ojos los tenía clavados en el agua que corría y, mirando fijamente vi sobre las limpias aguas, un rostro que me estaba observando. Giré la cabeza para mirarlo y con sorpresa reconocí, que se trataba de Él, el que me mostró el reino de los animales. De inmediato hice el gesto de ponerme en pie y, entonces él, me dijo con la misma sonrisa.

- ¡Quédate como estás!

Él, se sentó a mi lado, e hizo lo mismo que yo. Metió los pies dentro del agua, y luego mirándome me dijo con una sonrisa.

- He estado velando tu sueño.

La alegría inundó todo mi ser y, le agradecí lo que me dijo, con una mirada y sonrisa feliz. Luego le pregunté.

- ¿Eres tú el padre del reino animal?

- ¡Así es! Soy el padre de todas las almas y, mis reinos no tienen fin - Dijo con la misma amabilidad.

Yo encandilada, miraba su rostro, y su gran belleza angelical. Lo tenía a mi lado, había estado vigilando mi sueño y, todo esto sin yo darme cuenta. Le pregunté, me atreví hacerlo.

- ¿Tu nombre es Jesús?

Él se rió con simpatía, mostrando una bonita y blanca dentadura. Luego respondió.

- Tú y millones de personas, me conocéis por ese nombre. Pero tengo muchos más por los que soy conocido.

Más felicidad que la que sentía en aquellos instantes estoy segura que no sentiré jamás. Y me permití otra vez preguntarle.

- ¿Porqué me habéis elegido a mí para que os conozca y, vea vuestro rostro lindo y radiante como el sol? ¿Y mostrándome el reino de los animales?

Su mirada estaba fija en la corriente del agua que bajaba y, quedándose de ese modo me respondió.

- No somos nosotros los que te hemos elegido. Has sido tú que nos has abierto la puerta de tu corazón y hemos entrado. Aunque nos veas como dioses, lo somos realmente. También te digo que, somos peregrinos, y donde vemos que nos abren una puerta, entramos y nos instalamos ¿Crees realmente que me estas viendo en carne y hueso como si fuera una persona?

Yo me quedé pasmada al oír decir esto. Mi impresión fue enorme, y por mi mente pasó un pensamiento. Él, mirándome me dijo.

- ¡Haz lo que pensabas hacer!

Lo miré unos instantes y seguidamente hice lo que tenía pensado.

Extendí mi mano izquierda y la posé sobre su hombro derecho. Lo palpé bien y, no encontré diferencia alguna entre su hombro corpulento al de un hombre normal.

Me observaba con ternura y cuando retire mi mano de su hombro, dijo.

- ¡No soy un ser humano! ¿Piensas que sí?

- No quiero pensar nada sobre ti, lo que deseo es, poder recordarte hasta el resto de mis días y, después, seguir amándote en el más allá.

- ¡Eres deliciosa y dulce como la miel! ¿Sabes realmente donde estoy en estos instantes?

- No - Le respondí - Pero creo que a mi lado.

- Vivo dentro de ti. Estás viendo y palpando mi hombro, realmente lo notas, y lo sientes. Pero, desde donde me ves es, dentro de ti.

Los dos nos mirábamos de frente y, de mis ojos brotaron dos lágrimas de lo feliz que me sentía. Yo le pregunté.

- ¿El reino de los animales donde me habéis llevado también está dentro de mí?

Él se rió con gracia. Luego respondió.

- ¡Querida! Todo lo que has visto está viviendo y existe en otras dimensiones. Tu alma se ha elevado de tal manera que, puedes ver las divinidades que viven dentro de ti y también fuera.

Desde que se hizo de día hasta que anocheció, seguíamos sentados en el borde del río con los pies sumergidos dentro del agua.

Timoté y Alejandrina tampoco se habían movido del sitio que eligieron desde un principio y, los dos seguían sentados sobre la hierba, y a mi derecha, uno al lado del otro. Tana era más inquieta, e iba y venía picoteando los frutos secos de los árboles que caían encima de la hierba.

---

La puesta de sol estaba frente a nosotros, mostrando a todos los seres vivos de la tierra, su belleza anaranjada y, dando vida a toda la creación.

Él, sacó los pies del agua y se puso en pie.

Yo alcé la vista para mirarlo, y nos sonreímos.

Sentí sus pisadas de pies descalzos sobre la hierba, y yo contemplándolo vi como se alejaba. Me fije en su esbelta talla de su cuerpo, y en la elegancia de sus andares. También en su bella cabellera larga y ondulada. Dije para mí.

- ¿Estaré soñando?

En esos instantes Él, se dio la vuelta y sonriéndome, negó. Luego siguió andando y se

adentró en el espeso bosque y, entre gruesos árboles desapareció de mi vista.

Los pies apenas los sentía de tanto tiempo que los tuve metidos dentro del agua. Y cuando los saqué, los tenía arrugados y, también sentía frío. Me puse en pie y fui andando hasta mi casa.

Timoté y Alejandrina me seguían. Tana utilizó sus alas y llegó antes que nosotros entrando en casa.

Al marcharse el sol refresco, y más en el monte. Necesitábamos cenar y calentarnos, lo primero que hice fue encender la chimenea y, cuando los chopos de leña ardían con fuerza, coloqué las trébedes de hierro y, encima una sartén de gran tamaño, e hice comida en abundancia, para que comiéramos mis animales y yo.

Con el calor que desprendía la chimenea, quedó en el recinto una buena temperatura. Me quedé sentada cómodamente en el sillón escuchando las chispas que se desprendían de la leña al arder.

Tana decidió entrar en su jaula para dormir, lo hacía cada noche.

Timoté y Alejandrina tampoco cambiaron de sitio y, se quedaron acostados delante de la chimenea como cada noche hacían.

Yo sentada en el sillón con el pensamiento puesto en lo que hacía poco tiempo había vivido, y me dormí.

CLARA EISMAN PATÓN